

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

| | | |
|----------------------------|-------------|-----------|
| En Madrid... | Un mes..... | 8 rs. |
| | Tres..... | 23 » |
| | Seis..... | 44 » |
| En provincias. | Un año..... | 82 » |
| | Un mes..... | 10 » |
| | Tres..... | 27 » |
| Ultramar y extranjero..... | Seis..... | 52 » |
| | Un año..... | 100 » |
| | | 8 ps. fs. |

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Celebridades contemporáneas: D. Angel Saavedra, duque de Rivas, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—A la Gloria, poesía, por doña Isabel Poggi.—El amor filosóficamente considerado, por D. Francisco Fernandez Chorot.—A mi querido amigo el Sr. D. Manuel Perez de Molina en la muerte de su hijo único, por D. Leandro A. Herrero.—La solterona, por D. A. Llanos y Alcaráz.—Mariquilla la idiota (continuacion), novela, por doña Rogelia Leon.—Revista de modas: Correo de señoritas, por doña Joaquina de Carnicero.—Explicacion del figurin.—Variedades.
Pliego diez y siete de Angela ó El Ramillete de Jazmines, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

barán y de Murillo, de Alcázar y Rioja, es el dichoso suelo que vió nacer al ilustre y nunca bien admirado poeta, al hombre que hoy deja cubiertas de luto las musas españolas, y vuela á ocupar un lugar en el templo de la inmortalidad.

En 1791, D. Ángel Saavedra, veía la luz primera en Córdoba, hijo segundo de una nobilísima familia, y destinado por el cielo á dar más esplendor al noble escudo de sus mayores.

La guerra batía sus alas de fuego; el ilustre jóven, que desde su infancia era honrado por la munificencia del trono, entró de capitán en el ejército, y á poco, ansioso de glorias, se ceñía la simple bandolera de Guardias flamencas, y era presencial testigo de todas aquellas ruidosas escenas de familia, sucedidas en el Escorial, y en las cuales á la prision de Fernando seguía la abdicacion de Carlos IV.

El sangriento *Dos de Mayo* encendió en noble coraje el leal corazón de aquel soldado; disueltos los Guardias en Galapagar, el grito de muerte y venganza lanzado por los zaragozanos, detuvo al francés en su camino; Saavedra sabe con júbilo que el caudillo de aquel pueblo de héroes que aventan al invasor,

Ayuntamiento de Madrid

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS.

DON ANGEL SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.

Andalucía, primoroso jardín de eternal verdura, con su cielo azul y trasparente, sus campiñas de flores y sus mujeres encantadoras; la patria de Zur-

es D. José de Palafox, su jefe y camarada; entusiasmado, intenta volar á la capital de Aragón; pero las circunstancias lo impiden, y el joven militar, unido á su hermano mayor, se incorpora al ejército de Cuesta que camina por los llanos de Castilla; ansioso de vengar las jornadas de Cabezón y Rioseco. En Sepúlveda recibe el ilustre Guardia el bautismo de fuego; en Tudela, en Velez y en Talavera combate con valor y bizarría bajo las órdenes del vencedor de Bailén; y en Ocaña, en aquella terrible batalla, perdida por los españoles, D. Ángel Saavedra queda tendido en el campo con once peligrosas heridas de los lanceros polacos. Salvado de la muerte milagrosamente, y aun no restablecido, en Cádiz y en 1810, recibía de la Regencia, y como galardón de sus proezas, el grado y sueldo de capitán de caballería.

Terminada la campaña, sintiendo hervir en su pecho el fuego del amor patrio, entregóse al raudal político que todo lo absorbía, y que era como el oasis aparecido entre la polvareda de los combates.

La reacción, con su inicua máscara, surgió del laureado monumento que una lucha gloriosa había alzado sobre el campo de la victoria; los leales se vieron perseguidos, ajusticiados, y D. Ángel Saavedra busca en Londres, en París y en Malta un refugio contra la tiranía: diez años de proscripción no fueron bastantes á ahogar la luz en aquella mente privilegiada; el monstruo cayó, brilló el iris, y en 1834, D. Ángel Saavedra, duque de Rivas ya por muerte de su hermano, tomaba asiento en el Estamento de Próceres, y en 15 de Mayo de 1836 formaba parte, bien á su pesar, del ministerio Istúriz-Galiano.

Atravesando azarosas situaciones, embajador de España ya en Nápoles, ya en Londres, el ilustre magnate que nos ocupa, unia, á la noble corona de sus antepasados, el inmarcesible laurel del genio y la aureola del justo.

Á los 74 años, Dios se ha servido llamar al cielo á quien, para gloria de España, debía haber supeditado á la muerte.

Su vida caballeresca, su valor de soldado, sus preclaras virtudes, que reflejadas vivían en su fisonomía dulce y espresiva, todo esto hallábase iluminado, digámoslo así, por la radiante luz del talento, ráfaga celestial que no se borra nunca, y que sirve de fanal á la sepultura del genio.

El duque de Rivas es uno de los primeros escritores españoles del siglo XIX, un reflejo vivo del siglo XVII; y, lo que es mas, un eco dulce que jamás

puede desvanecerse en la patria de Lope y Garcilaso.

Los profundos conocimientos y su espíritu siempre activo favorecían el sin igual ingenio, que al través de una existencia intranquila se entregaba ansioso á los halagos de la poesía, como esos arroyos que, convertidos en bullidoras cascadas, se aduermen á trechos en tranquilo cauce, arrullados por las caricias de una brisa benéfica y embalsamada.

El paso honroso, poema en cuatro actos, fué la primer composición del ilustre poeta, y la cual vió la luz en Cádiz por los años de 1812. Cuatro tragedias, una de ellas prohibida, siguieron á aquel trabajo, y por fin, la titulada *Lanuza*, representada en Madrid y en provincias con ruidoso éxito, vino á ser la primera corona del naciente vate.

Entusiasta por los clásicos españoles, imitador feliz de aquellos delirios esplendentes que forman el monumento de nuestras glorias literarias, guardando una viva memoria de la literatura extranjera, admirador de Shakespeare y Calderón, eco fiel de aquellos dos cantos magníficos, suavizando la rudeza de una época que fué, con el sentimiento de una poesía que nace, el duque de Rivas asombró en el teatro con su gigantesco *Don Alvaro ó la Fuerza del Sino*, obra escrita en París, á la luz de la antorcha del romanticismo, pero con tintas tan dulces y seductoras que fascinan. *El Don Alvaro* es un sueño desgarrador cercado por una aureola que asombra; es el fatalismo materializado, es una idea que estremece, cubierta con un manto que pasma; es, en fin, el genio sin trabas, sin ligaduras, cerniéndose en el espacio entre la sombra y la luz.

Otros dramas brotaron de aquella pluma encantadora, más ninguno alcanzó la altura del primero.

La morisca de Alajuar, es una fábula sencilla y que interesa; *El Crisol de la lealtad*, debe mucho al inmortal Alarcón; en los *Solaces de un prisionero*, se adivina al fácil y elegante poeta lírico adormeciéndose al arrullo de su propia cítara; *El Parador de Bailén* es solo un juguete.

Los romances del Duque de Rivas serán siempre su más esclarecida joya poética: *El Moro expósito* ocupará la primer línea entre nuestros poemas.

Escritor infatigable, agobiado por esa sed de crear que acomete al verdadero genio y que sirve para entorpecer su carrera, su pensamiento traza planes que surgen un instante de su mente para dejar solo

una ráfaga brillante, y entre ellos la primorosa é irrepresentable fantasía dramática, *El Desengaño en un sueño*, viene á demostrar cuánto de rica y fecunda es aquella imaginacion ardiente y creadora.

Hoy un sepulcro encierra ya bajo su losa al laureado magnate; hoy todos los amantes de las letras y de lo grande, lanzan un suspiro de dolor; hoy, sin embargo, es cuando nosotros, postrados ante la tumba del ilustre ingenio, comenzamos á adivinar su grandeza: el sol no puede mirarse de frente; el génio para ser comprendido necesita que entre su luz y los hombres se estienda el velo de la muerte. La verdadera vida del génio comienza en la sepultura; la inmortalidad es la verdadera vida.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

A LA GLORIA.

¿Dónde tu sólio está?... ¡Ceñir mis sienes
Con tu aureola fulgurante anhelo:
Quiero los brillos poseer, que tienes,
Emanacion del cielo!
Quiero verte ante mí, cual te he soñado,
Magnifico portento,
A do camina osado
Mi febril y ardoroso pensamiento,
Dejando atrás la humanidad atea,
que necia no comprende
El aliento sublime de la idea,
Que en pós de gloria los espacios hiende.

¡Ah! ¡Cuántas veces en la quieta noche,
Cuando cierra la cándida azucena
Su perfumado broche,
En la floresta amena,
Dél lago en los espejos,
La candorosa luna contemplaba
Rielando sus purísimos reflejos,
Y anhelante avanzaba,
Fijos los ojos en su luz hermosa,
Creyendo en mi insensato desvario
Contemplar luminosa
Tu faz encantadora!... En el vacío
Purísimos celajes,
Sus diáfanos encajes
En todas direcciones estendieron,
Y mi celeste hechizo deshicieron!

¡Cuántas á orillas de la mar ingente,
Que á los cielos se alzaba entre bramidos,
Del huracan potente
Escuchando los hórridos silbidos,
Y el fragoroso trueno,
Que el rayo tremebundo
Anuncia, al descender del hondo seno,
De las hinchadas nubes á este mundo,
Entre rios de lumbre
Me pareció mirarte
Sonreirme en la célica techumbre,
Y hácia mí, con amor, bella inclinarte,
Tendiéndome tus brazos,
Para alzarme contigo á lo infinito;
¡Cuando esos dulces lazos,
Del triste corazon goce bendito,
Desvaneció la sonriente aurora
Asomando su faz encantadora!

¿Eres creacion no más del alma mía,
Que en vano te ambiciona?
¿O ensueño de la ardiente fantasía,
Que soñó de tus brillos la corona
Allá en la soledad de noche umbría?
¡Oh! no: que yo te he visto en los espacios,
Do la mirada del mortal no alcanza,
Sentada entre celajes de topacios
Sonreír del cantor á la esperanza!
Y escuché tu palabra,
Que purísimas dichas celestiales
En nuestras almas labra,
De génios inmortales
Ante el brillante coro
Decir: «Los dulces cantos divinales
Yo premio aquí con eternal tesoro!»

Mas ¿por qué mi anhelar? ¿no pulso ignota,
Otorgada por Dios, creyente lira?
¿De sus cuerdas no brota
Dulce armonía que jamás se agota,
Cuando el alma delira
De inspiracion en los brillantes mares,
Y armónicos cantares,
Que en sus fúlgidas álas,
Dejando atrás las sonrosadas nubes,
Eleven los querúbes
A la mansion de sempiternas galas,
Donde tiene su asiento

El Supremo Hacedor, que dá á las flores
Perfumes y colores,
Luz á los astros y susurro al viento?

Y si de Dios al alto Capitolio
Los ecos llegan del laud creyente,
¿Tu auréola fulgente
No has de enviar de tu elevado Sólío
¡Oh escelsa *Gloria!* á coronar mi frente?

ISABEL POGGI.

EL AMOR

FILOSÓFICAMENTE CONSIDERADO.

Hay dentro de nosotros una fuerza oculta que nos subyuga y nos arrastra en pos de lo que hiere más profundamente nuestra sensibilidad: esta fuerza es el amor.

El amor es un fenómeno propio de la facultad de sentir. Como los cuerpos físicos obedecen ciega-mente á la ley de la gravedad, así los hombres siguen indefectiblemente la ley del sentimiento, que es el amor.

No es el amor un hecho pendiente del azar, ni sujeto al capricho de los hombres; ni es por consiguiente potestativo y arbitrario el someterse ó no á su influjo soberano.

Si se ama es porque fatal y necesariamente tiene que amarse; es porque dada la sensibilidad, como que es una de las potencias del alma, ha de producirse forzosamente el deseo de poseer aquellos objetos que obran de cierta manera sobre nosotros.

Si no puede menos de producirse el sonido al herir con la mano la cuerda del instrumento, siempre que el órgano del oído esté convenientemente dispuesto, tampoco puede menos de producirse el amor en nosotros ante la fascinadora presencia de aquellos objetos que nos conmueven agradablemente.

El secreto está en las causas de este fenómeno, las cuales perpétuamente se ocultan en el más profundo misterio.

Dios ha querido ligar á los seres por un lazo invisible, que es el amor, para que unidos logren la participacion de unos mismos goces y la consecucion de unos mismos fines.

Seria el mundo de otro modo si no rigiera nuestros destinos ese monarca poderoso, cuyo vasto imperio no reconoce límites, sin ese ídolo á quien ado-

ran y enaltecen cuantos recibieron vida al soplo creador del Omnipotente.

Nace el amor al recibir las impresiones de aquellos objetos que escitan nuestras simpatías; crece y se aumenta con la contemplacion de esos mismos objetos, que más se embellecen cuanto más se miran; y llega á su término cuando exaltada la fantasía halla en ellos el mayor grado de perfeccion, único capaz de llevar á la sensibilidad humana el colmo de inefables goces.

Es la pasion amorosa la soberana, digámoslo así, de todas las demás pasiones. A su influjo poderoso se ponen en juego todos los resortes de la vida para seguir por escabrosos senderos la corriente impetuosa del placer; y aun podríamos decir que del amor se halla pendiente la fortuna de todos, cuando segun sus varios aspectos á unos hace eternamente dichosos, á otros eternamente infelices.

El amor, si bien es un hecho fatal, necesario, indispensable, atendiendo á la constitucion natural de los seres, puede ofrecer en medio de la unidad de fines y de medios, una variedad muy notable en sus caracteres ó en su modo de ser.

O en otros términos: podríamos distinguir tres clases de amor que corresponden á tres fases distintas de la naturaleza.

Amor meramente sensitivo, amor puramente intelectual y amor intelectual y sensitivo.

El amor sensitivo, impropriamente llamado amor, es aquel apetito carnal y grosero que nos inclina al goce de los sentidos para satisfacer imperiosas exigencias de la materia. Es un amor momentáneo y pasajero, escitado por la sensación, y cuya intensidad se halla en razon directa de su impureza: amor tristemente privilegiado por la cualidad de ser común al hombre con los demás animales.

El amor intelectual viene á ser el extremo opuesto del sensitivo, guardando con él una proporcion diametralmente contraria.

Hay en el hombre una inclinacion amorosa hacia todo lo que es bueno, separada é independiente de toda sensacion, cuyo único móvil reside en la region invisible del espíritu: allí se produce ese amor por la sola representacion de la bondad del objeto, sin que la sensibilidad tome parte en su ejercicio, y sin que sea necesaria otra cosa más que el conocimiento de esa bondad. Este amor es el más puro y racional de todos, y aun dura despues de separada el alma del cuerpo.

El amor intelectual y sensitivo, que reconoce por causa el espíritu y la materia, es sin duda alguna el más apropiado á nuestra doble naturaleza, y el que responde más eficazmente á la misión augusta que el hombre debe llenar sobre la tierra. No es todo en nosotros sensibilidad, ni constituye nuestra vida la contemplación espiritual de lo aéreo y lo infinito. Si así fuese no sabríamos amar sino con amor torpe y deshonesto, ó nos alimentaríamos únicamente de informes, patrañas y vanos delirios.

Figuraos al hombre con capacidad exclusiva para el amor sensitivo, y lo vereis degradado y envilecido. Contempladlo poseído de amor intelectual y fantástico y lo hallareis frío é inmóvil, con los ojos vueltos al vacío y el corazón apartado del mundo real en que se agita.

No es, pues, el verdadero amor el amor sensitivo, porque es un amor de bestias; ni el intelectual tampoco, porque sería un amor de ángel: el verdadero amor es el misto de intelectual y sensitivo, porque este es amor de hombre.

Este amor propio del hombre, que es el propio y verdadero amor, consiste en un afecto ardoroso que eleva el alma al último término de sus aspiraciones, que inflama el corazón, haciéndole experimentar los más dulces sentimientos, que conmoviéndole le agita y le inquieta, le comprime ó le dilata, le acojga ó le alegra, le desmaya ó le alienta, según las diversas situaciones en que se halla el amante respecto del amado.

Es una especie de culto espiritual y corpóreo con que tributamos adoración al bello ideal porque se afana el corazón lleno de ilusiones.

A ese amor misto intelectual y sensitivo se debe el consorcio feliz de relaciones que reúne á los seres racionales entre sí, y por medio del cual se funden en uno todos sus sentimientos y todas sus tendencias para alcanzar el fin último, que es la felicidad.

Concluiremos diciendo que no hay génio tan bárbaro que pueda hacerse insensible á los atractivos del amor, no obstante existir alguna discrepancia de unos y otros individuos en cuanto á la manera de amar.

Hay unos de índole tan tierna, de condición tan dulce que se enamoran casi de cuantos tratan, y como suele decirse, á todos quieren meter en sus entrañas. Hay otros tan despegados de suyo, de compleción tan dura y tan estremadamente insensible, que no hay nada que baste á conciliar su cariño.

Aquellos, por su temperamento, se hallan cerca de caer en el extremo del amor sensitivo: estos, faltos de sensibilidad, carecen de afectos, y gastan su vida en las frías contemplaciones del amor intelectual. Los unos propenden por el asqueroso materialismo, los otros por el estravagante espiritualismo.

Entre ambos extremos hay un medio muy difícil de llenar para las almas no bien templadas al fuego sagrado del amor.

FRANCISCO FERNANDEZ CHOROT.

A MI QUERIDO AMIGO

EL

Sr. D. MANUEL PEREZ DE MOLINA,

EN LA MUERTE DE SU HIJO ÚNICO.

En tu alma el dolor anida,
El llanto abrasa tus ojos,
Y no encuentras mas que abrojos
En el erial de la vida.
Profunda ha sido la herida
Que causa tu amargo duelo,
Más sabe para consuelo
Del espíritu abatido,
Que es el hijo que has perdido
Un ángel más en el cielo.

Pródiga naturaleza
Dió á la prenda de tu amor,
La belleza del candor
Y el candor de la belleza.
No atesora más pureza
La azucena al germinar:
Era gloria de tu hogar
Y espejo de tu alegría;
Mas si Dios te le pedía
¿Se le habías de negar?

En el mundo fué su suerte
Brillar un solo momento,
Y hallar en su nacimiento
El eclipse de la muerte.
No le pidas que despierte,
Que torne de esa partida,
Pues que no hay razón cumplida
Para que trueque halagüeño
Las dulzuras de ese sueño
Por la escoria de la vida.

Yo he visto al lirio nacer
 Rico en gala y lozanía,
 Prestar su fragancia al día
 Y á la tarde perecer.
 El secreto comprender
 Quise, que el misterio encierra,
 Y hallé una verdad que aterra:
 Y es que el lirio en dulce anhelo
 Otorga su vida al cielo
 Porque se asfixia en la tierra.

Convierte en raudal de gozo
 Las penas que te devoran:
 Cuando muere un niño, lloran
 Los ángeles de alborozo.
 Ya corrieron sin rebozo
 Tus lágrimas de improviso;
 Más perderle era preciso,
 Porque nuestros hijos son,
 Los lirios del corazón
 Que nos pide el paraíso.

Calma el duelo que te asombra
 Con sus tormentas bravías,
 Y el llanto y las agonías
 De un dolor que no se nombra.
 Si le buscas en la sombra,
 Y ansioso de una esperanza
 Tu mente hácia Dios se lanza
 En pos del consuelo amigo,
 Él te dirá: « ¡Está conmigo! »
 ¡Venturoso el que lo alcanza!

Madrid. Agosto de 1865.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

LA SOLTERONA.

Hé aquí lo que propiamente puede llamarse un *mal engendro*.

Aborto de la naturaleza.

Capricho de Lucifer.

La polilla más grande de la sociedad.

La cócora más encocoradora de todas las cócoras conocidas.

Ella es personaje de todos los tiempos.

Con los nombres de *dueña*, *ama de llaves*, *beata* y *solterona*, este tipo es indestructible.

Debo hacer una salvedad.

No corresponde tal concepto á todas las que permanecen solteras despues de la juventud. Muy al contrario.

El dictado de *solterona*, es una clasificacion exclusiva, genuina y única de ese sér que con capa de religión y virtud se entromete en todas partes, murmura, roe, arranca, corta y despedaza con la terrible arma femenina que se llama *lengua*.

Doña Robustiana es una pobre doncellita de cuarenta y ocho abriles, que ha tenido la desventura de quedarse para vestir imágenes.

Pero quien la escuche sabrá que la han sobrado *proporciones*, faltándola solo la *voluntad*.

Además, si se la ve mirando al suelo, oir media docena de misas los días de fiesta, y no salir de la iglesia los de trabajo, cualquiera creerá que doña Robustiana es una santa mujer.

No obstante, si profundizamos un poco el carácter de esa digna señora, y vemos que ha quedado célibe por falta de quien la quiera, que mira al suelo por si se encuentra algo, y que va á los templos para observar, y oyé misas por distraccion, todos convendrán en que esa mujer no tiene nada de santa.

Las tertulias son su recreo favorito, su necesidad, su pan de cada día.

Allí la encontrareis siempre encima del brasero, si es invierno, y en medio del balcon si es verano; ocupando el lugar de preferencia, llevando la voz cantante en todas las conversaciones, comentando sucesos, inquiriendo novedades, siendo, en fin, la *cataplasma* de los concurrentes.

Todas las mujeres se deleitan en averiguar y en hacer la crítica de las averiguaciones; pero en la *solterona* ese deleite es flujo continuo.

Para ella no hay misterio que no oculte una falta, reputación que no sea ambigua, ni honra que carezca de punto vulnerable.

Acrimina, insulta y desgarrá sin compasión, con la mayor sangre fría y la tranquilidad más estoica.

Aborrece á los hombres, porque ninguno la ha querido.

Aborrece á las mujeres, porque son sus semejantes.

Se burla de las feas.

Envidia á las hermosas.

Pone en duda la virtud de las jóvenes solteras, y dirige punzantes epigramas á la virtud de las casadas.

El celibato la tiene de insufrible humor.
 Su r bia se desahoga por la lengua.
 Todo lo halla imperfecto, ridículo y fastidioso
 Todo egoista, menos su egoismo.
 Se trata con todo el mundo, por tener á todo el mundo entre los dientes.
 Gru ne cuando habla; ladra cuando grita, y muerde cuando besa.
 No tiene amigos ni amigas.
  nicamente *conocidos*.
 Ni compadece, ni aprecia, ni ama.
 Su corazón es insensible   las dulces emociones.
 Est  apagado, inerte, entumecido por el hielo de la indiferencia.
 La imaginación fría, da nina y cruel, es lo que dirige su organismo.
 Doña Robustiana es un sapo que al sentirse pisado por el mundo, arroja colérico su baba repugnante.
 La *solterona*, es en fin, el tipo más lastimoso, la más deplorable y antipática de las fases de la mujer.
 Acaso este símil os parezca duro   inexacto; pero sabed que solo hago alusión   la *solterona de buen género*.
 En las clases inferiores se hallan algunas que componen la luz de la sociedad.
 Lo que hacen esas mujeres, no lo hace nadie.
 En ellas se reune todo lo malo.
 De ellas puede decirse que tienen pacto con el demonio.
 Yo creo que existen brujas desde que he visto *solteronas*.
 Tomaos la molestia de rebuscar un poco entre vuestros conocimientos, y es muy posible que tropecis con algunos ejemplares.
 Por lo demás,   buen seguro que haya una que se d  por aludida.
 Triste será para vosotras, amigas lectoras, convenir en que tales carácteres forman parte del bello sexo, y fuerza es callar esos escrúpulos.
 Convenid en que el tipo de la *solterona* existe, y convendrá en que no pertenece al sexo hermoso.
  No quereis que sea mujer?
 En hora buena.
  Ser  un sátiro?
  Un  gro?
  Una alima a?
 Cualquier cosa.

A. LLANOS Y ALCARÁZ

MARIQUILLA LA IDIOTA.

(Continuación.)

Una noche oscura como boca de mina, y terrible y lluviosa como los pecados de Satanás, la pobre mujer atizaba   duras penas el fuego con una mano, mientras con la otra sostenia su hijo dormido sobre su seno.

Cada vez que el huracán apagaba la llama, la pobre mujer, que no tenia otra cosa con qué alumbrarse, daba un grito de horror, y se afianzaba   su hijo con extraordinario af n, creyendo que la cueva vendrá   aplastarlos   los dos.

Pero otro huracán venia   soplar la lumbre, y al prenderse de nuevo la llama, volvia   tranquilizarse y   orar y   besar   su hijo con ternura.

Una vez tembl  la cueva de tal modo, que la infeliz se quedó anonadada y cayó de rodillas pidiendo misericordia; entonces no tuvo duda de que iba á perecer all .

Un enorme terrón de guijarro que formaba el techo de aquel miserable albergue se dividió por una ancha grieta en dos, y por la hendidura entró el fulgor de un relámpago, rojizo como la ráfaga de los cielos que amenaza la guerra, y quemante como plomo que se derrite en caldera de hierro.

La mujer dió un grito terrible y se quiso lanzar fuera del peligro; pero en aquel momento, al correr para salvarse y salvar á su hijo, se encontr  de frente con un hombre de aspecto horroroso que tra a un puñal en la mano.

Los cabellos de aquel hombre eran grises y estaban erizados como alambres punzantes.

Su frente tenia un color amoratado, que daba á sus ojos feroces una horrorosa sombra.

Una horrible sonrisa entreabr a sus labios, marcando con ellos el desórden y el crimen de su alma.

Sus dientes de pantera chocaban unos con otros, y sus músculos crugian agitados por la convulsion.

La pobre mujer no reconoció   su marido; pues él y no  tro era aquel horroroso fantasma.

— Al asesino!  al asesino! salió gritando la desventurada: pero la mano de hierro de aquel hombre cruel la as   por los cabellos, arrastrándola   un rincón de la cueva.

El niño despert  dando agudos gritos,   la vez que unos perros empezaron   ladrar lejanamente.

—¡Mujer, que no llore ese niño! (1) exclamó aquel verdugo inhumano con furor.

Entonces la infeliz reconoció aquel hombre y le presentó en los brazos la tierna criatura, como diciéndole: ¡es tu hijo!

—El hombre le rechazó con fiereza, y el niño lloró más, porque aquella impía mano había lacerado sus miembros al separarle de sí.

—¡Mujer, que calle ese niño! volvió á repetir el solitario blandiendo su puñal.

—La mujer escondió la cabeza del inocente en su pecho, y le apretó convulsivamente para que no llorase; pero el niño se ahogaba y la madre sentía su corazón hecho pedazos de dolor.

Los perros que ladraban lejanamente, dejaron oír sus aullidos más cerca.

—¿No callará ese demonio tentador? exclamó el asesino, arrojándose sobre el desolado grupo que formaban la madre y el hijo.

La mujer dió dos pasos atrás, y con la fuerza de una tigre que ve acometer á sus hijuelos, escondió precipitadamente su hijo en un rincón de la cueva, y poniéndose delante forcejeó con aquel hombre como una leona herida.

El hombre la arrancó los cabellos, la destrozó el rostro con las manos, la arrojó varias veces al suelo, pero nada consiguió; siempre se lanzaba furiosa, y volvía á colocarse para defender el hijo de sus entrañas.

Este, aunque pequeño, adivinó que mataban á su madre y llora con más fuerza que nunca. Sus roncos gritos se pudieran oír desde muy lejos. El bandido no aguardó más, y para poder matarlo, hundió varias veces su puñal en el seno de la desventurada madre, que cayó junto al niño, vertiendo ríos de sus abiertas venas.

El niño dejó de llorar, cuando sintió caer sobre sí aquel bautismo de sangre.

El bandido, sin embargo, iba á herirle, pero el monte de guijarro que formaba la cueva se desplomó sobre él, dejándole muerto y sepultado entre sus escombros.

El niño y la madre quedaron en la mitad de la cueva no hundida.

(1) Este pasaje es histórico, y está tomado de un legajo de causas célebres, donde se ve de lo que es capaz el hombre, una vez lanzado en la carrera del crimen. ¡Anales horribles que desearían las fieras.

El niño vivía aun, y se afianzaba al cuerpo de la infeliz, buscando con amor su blando regazo; pero solo tocaba sangre y unos miembros que se iban hielando poco á poco, quedándose rígidos y estirados como barras de acero, ó bancos de nieve.

Cuando llegaron los guardias que perseguían al bandido, solo hallaron ruinas en aquellos lugares.

Siguieron por otra senda sus pesquisas, y los dos cadáveres y el niño quedaron ocultos en aquel lugar.

Á la mañana siguiente, esa que llamais Idiota pasó por la cueva destruida, donde había descansado muchas veces, siempre que cruzaba por allí, queriendo muchísimo á la buena mujer que la habitaba.

En varias ocasiones había llevado pan al niño, y le había acariciado con dulzura amorosa.

Al acercarse á aquel sitio, oyó llorar á la criatura, y vió al poco tiempo la cueva destruida, y con ella el horror que presenta un cuadro de esta especie.

Se aproximó, y llamó al niño con un grito gutural, pero cariñoso, que rara vez lanzaba, y el niño contestó con mayores gemidos.

María buscó en vano el sitio donde había estado la puerta de aquella miserable estancia.

Sus esfuerzos fueron inútiles, porque no la halló.

Dos enormes perrazos ladraban delante de las ruinas: los mismos sin duda que temía el bandido en la noche anterior.

Eran de un guarda de campo de las cercanías, y desde que olfatearon la muerte, no se apartaron de allí, dando aullidos y escarbando con sus enormes manazas el suelo, como el que abre una sepultura.

Uno de los perros desapareció por en medio de dos peñascos casi juntos.

María lo vió, y miró con esperanza al cielo.

Por aquella hendidura también cabía su delicado cuerpo.

Podría llegar hasta el ángel que la llamaba.

Con efecto, tras el perro desapareció María.

El niño dejó de llorar; pero el perro lanzó tres aullidos terribles, y salió ladrando desaforadamente como reconviniendo á su compañero de que no partiese el peligro con él.

Los dos animales se introdujeron de nuevo por la grieta, y salieron varias veces aullando y volvieron á entrar, y volvieron á salir como llamando en socorro de alguno.

Pero en aquella soledad espantosa nadie acudía,

niera fácil que nadie supiese el drama horroroso que había sucedido allí.

A los pocos minutos de entrar María en la cueva, salió con un niño en brazos, lleno su pequeño rostro de sangre y sus rotas vestiduras también.

María llevaba los ojos desecados, la boca entreabierta y sin aliento, y la palidez de la muerte en su rostro.

Envolvía el niño con amor en su delantal, y corría sin concierto por aquellos campos con la carga preciosa que llevaba.

Unos rudos pastores que la encontraron, rompieron á reír estrepitosamente, diciendo:

—¡Hoy llevas más cara de tonta que nunca, Mariquilla! ¿quién te ha entregado ese muchacho que llevas ahí?

La niña desenvolvió el delantal que cubría el rostro de aquel desgraciado, y los pastores dieron un grito de horror.

Entonces María, con gestos significativos, les señaló las ruinas donde le había hallado, y los pastores se dirigieron allí.

Uno quiso arrancar el niño de los brazos, y ella, llorando y mirando al cielo, le suplicó se lo dejase por caridad.

Allá fué volando, como el ángel que nos pintan elevándose entre las nubes, y cuando llegó á su casa, se tiró en el umbral medio ahogada, pero sin soltar de ningún modo su protegido.

—¿Qué traes ahí? exclamaron á un tiempo sus dos hermanas que habían salido á la puerta, al verla llegar.

Por toda respuesta María se echó á llorar, y presentó la ensangrentada criatura.

Las dos se miraron asombradas, y después miraron á la Idiota con furor.

—¿Y quién te ha dado ese niño? ¡perversa! ¿cómo nos traes esa miserable criatura que da horrores?

La infeliz María se esforzó en suplicar á sus hermanas la catástrofe horrorosa y el abandono en que había encontrado aquel infeliz; pero las dos, furiosas y terribles, le decían que le arrojase en medio de la calle; que en su casa no entraba aquel fruto del crimen; que todos los días las estaba matando con traerles á la casa miserias, y que al fin la iban á abandonar para siempre, porque ya no podían tolerarla.

María no hacía entretanto un gesto siquiera de

indignación con semejantes acriminaciones.

Solo miraba al cielo, y luego miraba á sus hermanas en actitud suplicante, como queriéndoles decir:

—¡Hacedlo por Dios! y estrechaba al niño contra su pecho, temiendo que se le arrancasen.

—¡Cada vez está mas horriblemente tonta esta bribona! exclamó Rosario con furor.

¡Arrojémosla de nuestra casa! dijo Pilar llena de ira.

María las miró de nuevo, suplicándolas; pero viendo que no estaban dispuestas á transigir y que trataban de golpearla, estrechó el niño, se levantó trabajosamente y fué á sentarse al portón de una vecina, tendiendo la palma de la mano derecha, significando con esto á sus hermanas que pediría limosna para él.

Entonces iban á lanzarse sobre ella ambas, y á castigarla segun su enorme culpa, cuando llegó yo felizmente, para ese ángel bendito que veis en esa raquítica niña, que llamais Idiota.

La infeliz rompió á llorar de gozo al verme, y me presentó el niño con una expresión angelical.

Al mismo tiempo, alentada con mi presencia, abrazaba con una mano al huérfano y con la otra las rodillas de sus irritadas hermanas.

Estas querían rechazarle, pero mi mirada severa las impuso, y todos entramos en la casa, incluso el pobre niño, que ya no tenía fuerzas siquiera para llorar.

Á la media hora la criatura estaba limpia y alimentada, y sonreía como un ángel á su libertadora. ¡Oh, qué sublime encontré aquella noche á la pobre María!

—Más encontrarías á su hermana Rosario que te trae loco como un muchacho, dijo Cecilio.

—Entre Rosario y María existe la distancia de los ángeles con los pecadores, respondió Aurelio.

—Entonces, ¿por qué la quieres tanto á esa loca de atar, á esa cabeza destornillada con más orgullo que un santón, y más devaneos que minutos tiene el día? insistió el hijo del arrendatario.

—¡Cuidado, Cecilio, cuidado! Yo no permito nunca que se insulte á una mujer en mi presencia.

—¡Ya lo creo! ¡como que no la conoces!.....

—Solo sé que es una mujer, y digna por lo tanto de respeto.

—¡Haces bien en defenderla, siquiera por la fidelidad que te guarda!

—Yo no esclavizo á ninguna mujer, ni exijo de ella mas amor que el que sepa inspirarle.

—Pues á ella se lo inspiran todos y ninguno, continuó Cecilio, marcando mucho estas frases.

—¡Me darás una satisfaccion de lo que estás diciendo! dijo Aurelio arrebatándose.

—¡Infeliz, como la amas! respondió friamente el acusador de Rosario.

—Yo amo en una á todas las mujeres: lo mismo haría por la más indiferente para mí.

—Pues harás el Cristo cien veces.

—Y tú harás, dijo Aurelio, marcando sus razones, un hombre sin corazon, sin nobleza ni piedad, si hablas así de lo más sagrado que existe en nuestro hogar; porque tú tienes una madre, y el que desopina á las mujeres, deshonorá la que le dió el ser.

—¡Bah! ¡bah! ¿qué tiene que ver mi madre con las mujeres bagabundas y culpables?

—¡Cecilio! dijo terriblemente Aurelio; desde hoy no me cuentes por amigo; pero antes me darás una satisfaccion.

—¡Paz, señores, paz! exclamó el simpático Andrés, no dejando por este altercado su cómoda postura, ni el riquísimo habano que tenia entre los dedos.

—¡Silencio! dijo Aurelio rápidamente, ¡María está aquí!

Con efecto, la jóven llegó hasta el grupo, y al ver á Aurelio entre los jóvenes palideció estraordinariamente: su vírgen corazon empezó á latir con fuerza, y cuando le dió la mano para saludarle, estaba helada como una muerta.

—María, ¿estás enferma? la preguntó conmovido el piadoso estudiante.

La Idiota movió la cabeza diciendo que no, y luego inclinándola sobre el pecho; ocultó una quemante lágrima que rodaba por sus mejillas.

—¿Pues qué te ha sucedido, buen ángel? ¿qué tienes?

—¡Nada! respondió con otro movimiento significativo María.

—¿Está enfermo el niño? ¡Ven acá, hermoso! te sentaré sobre mis rodillas. ¿Le quieres mucho, María? la preguntó Aurelio con un acento cariñoso.

La jóven señaló el sol, y luego los árboles, como queriendo decir: ¡más que esa resplandeciente luz ama las flores!

—¡Era tan poética María!

Aurelio la miró con ternura: la jóven se estreme-

ció, y cogiendo su niño entre los brazos echó á andar sin volver la vista.

¡Y es que la desventurada lloraba, y es que por primera vez sentía en su corazon un fuego desconocido, y es que amaba apasionadamente al hermoso estudiante, no por la perfeccion varonil de su rostro, no por la inclinacion de la especie que á cierta edad se desarrolla de una manera precisa; le amaba porque era bueno, piadoso, caritativo!

¡Le amaba, porque era el sér fuerte que habia encontrado en su camino; porque la defendía de las injustas acusaciones de sus hermanas, y cuando alguien le ultrajaba con un mote injusto; pues aquella criatura benéfica y singular no tuvo otro idiotismo en su vida, que una especie de paralización en su rostro, y una resignacion singular para sufrir los ultrajes sin enfurecerse por ello, ni devolver daño por daño.

Las estravagancias de que se le acusaba era repartir sus vestidos y su pan entre los pobres: andar siempre descalza porque otro niño no se punzase los piés, y traer de la mano á su casa todos los desgraciados que encontraba, para que sus hermanas les diesen amparo y albergue.

¡Aquella niña era la imágen de la Caridad!

¡Pero cruzó cual una ráfaga por la tierra para volver á la morada celeste!

.....

V.

.....

Aquí se interrumpia la narracion del P. Alberto, y creimos encontrar algunas lágrimas sobre el papel donde estaban estampados los dolientes párrafos de la vida de la infeliz Idiota.

Despues continuaba así:

Una noche, cerca del oscurecer, habia salido María á buscar unas malvas para su niño, que estaba enfermo.

Le habia dejado arropadito y preso de una fiebre terrible que devoraba su pequeño sér.

La pobre jóven amaba aquella criatura con un delirio singular, como aman las mujeres á los niños cuando su alma es tierna y pura como la de los ángeles.

Tres noches llevaba María sin dormir, velando junto al modesto lecho del niño, que entreabria los

ojos para mirar la mujer bendita que velaba por él sin cesar.

Á la madrugada de una de estas noches, el niño rompió en un herir espantoso, y María, suelto el cabello, descompuesta la faz, que parecia inalterable en los años anteriores, se lanzó á la habitacion de sus hermanas, suplicándoles viniesen en su ayuda.

Las soñolientas doncellas alzaron la cabeza para ver quién las despertaba, y al encontrarse con María hicieron un gesto de mal humor y volvieron á echarse en la almohada.

La pobre niña insistió, y por señas procuró explicarles que el desventurado huerfanito sufría mucho y que necesitaba socorro.

—¡Ni dormir nos ha de dejar esta imbécil! murmuraron llenas de ira.

—María señaló una imágen de Nuestra Señora con un Jesús en los brazos.

Esto que en almas sensibles hubiera bastado para sacrificarse con abnegacion por el desventurado niño que María había traído á su hogar, no hizo en ellas efecto alguno, y solo contestaron con desabrimiento:

—¡Estamos más que satisfechas de tí y del miserable hijo del bandido, á quien ahorcarán mañana si sale como su padre!

—La infeliz María quiso dar un grito de dolor y llevó las manos á su pecho como si se le hubiesen desgarrado: despues se arrodilló delante de la Virgen, y señalando el cielo con su dedo índice, y luego la parte de la casa donde reposaba el niño, elevó sus ojos al firmamento, pudiéndose traducir de todo ello que queria decir:—¡Padre mio, si ha de ser un malvado llevadle con Vos!....

Despues se levantó más serena y volvió á suplicar á sus hermanas que viniesen á amparar al huérfano; pero estas no se movieron, y la desventurada María pasó á su humilde cuarto, y se arrojó sobre el lecho miserable, estrechando el niño contra su corazón.

La infeliz no salió de su cuarto en todo el día, ni sus hermanas la llamaron tampoco, diciendo á las comadres de la vecindad que venian á verlas:—¡Mariquilla está más tonta que nunca, ya no sabe lo que hace siquiera! Solo sabe darnos qué sentir, y acarrear males á nuestra casa.

Es preciso arrebatarle el niño, y llevarlo á la Inclusa.

—¡Pobrecito! exclamaron algunas comadres.

—Yo me le llevaré á mi casa, dijeron dos de ellas enternecidas.

—¡Yo! dijo otra, arrasados los ojos de lágrimas.

—¡Yo! ¡yo! dijeron al fin todas; pues eran mujeres y madres, y la idea de la Inclusa las estremeció.

—¿Olvidais, dijo pausadamente, y figurando un horror terrible, Pilar, que esa criatura es hijo de un bandido, un asesino y un ladron?

—Las mujeres se estremecieron.

—¡Llevadlo con vosotras (continuó aquella mujer sin alma, oprobio de su sexo y terrible acusadora de la inocencia en la cuna) llevadlo, y vereis cómo pervierte mañana á vuestros hijos, y os los mata si es menester: ¡Sobre todo los enseñara á robar!....

—Las mujeres lanzaron un grito de horror, y es que participaban de ese anatema injusto de la sociedad, que deja caer su dedo de hierro en la cuna del infante, por el crimen que el padre cometió.

En vez de amparar al huérfano infeliz cuyo padre muere en el afrentoso cadalso á manos de su propio crimen y maldad, señala la frente del hijo, la marca con la ignominia y huye de él horrorizado.

¿Por qué en vez de menospreciarle y envilecerle con el desdén y la humillacion, no le educa en sagradas máximas y le hace desde niño aborrecer el crimen y compadecer al criminal?

Porque el mundo siempre es injusto y cruel, y castiga sin enmendar, y culpa sin corregir.

En cambio recibe en su seno los hijos de los grandes criminales, cuya opulencia y fausto les hace deslumbrar.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Una vez conocidas las creaciones de estío, la moda vive en la expectativa de la estacion de otoño; así es que con respecto á formas de confecciones tenemos que guardar un completo silencio, pero no así sobre el modo de hacer los trajes, puesto que nuestra mision no nos permite sustraernos á este deber, no siempre tan fácil como parece.

Para todos los trajes á fondo corriente es menes-

ter el cuerpo plano con otro debajo, ó mejor dicho, doblez escotado. Las mangas son semi-anchas y de codo, ó bien bullonadas, porque cuesta trabajo abandonar esta moda tan graciosa. Convienen estos arreglos lo mismo para jóven que para otra que no lo sea. La falda será lisa y como de cinco metros cincuenta centímetros de anchura total, y en caso de ser menos ancha, con un volante de veinte á veinticinco centímetros.

Lo mismo se entiende para los de gasa ó granadina, pudiendo adornarse variadamente con ruches, describiendo denteados rombos, etc.

En los trajes de viaje hallaremos en el pelo de cabra y las alpacas toda especie de encantadoras variedades, y con algunas buenas ideas para el arreglo, se podrán componer lindísimos trajes, que vendrán á ser enteramente elegantes, cambiando la alpaca por sultana.

Pero lo que recibe toda clase de adorno es el foulard, constituyendo tan lindos y frescos modelos, que las elegantes no descuidan el colocar algunos entre sus provisiones. Pueden escogerse de tan brillantes tonos, que, según el guarnecido, servirían para paseo ó casino. Citemos uno de foulard blanco, á pequeños bastos negros, guarnecido en el bajo por tres vieses negros claveteados de botones blancos, remontando sobre las costuras hasta un tercio de falda. El paletot es igual. Otro á mosquillas azules, adornado con dos vieses, azul puro sobre los que se colocan botones de paja, con igual adorno en las sisas y el bajo de manga.

Cuatro palabras sobre los trajes de niños. En la presente estacion lo mejor es el cutí para los varones, ó el piqué rayado ó liso, poco adornado y cifrandolo todo el mérito en el buen corte.

Para niñas recomendamos los trajes de piqué con entredoses de guipure Cluny, por los que pasa una cinta azul celeste.

Vestido de muselina guarnecido de un volante mediano con festones calados en lo alto, y por abajo un pequeño volante encañonado.

Falda de cachemir azul cielo, con una trencilla negra en el bajo, superada de tres ó cuatro vueltas de trencillas serpentinas. Encima, falda fantasía, blanca, rayada de azul y levantada por muletillas de cachemir; idem encajonadas en negro. Cuerpo azul, con cuello y puños guarnecidos de trencilla negra.

Terminaremos con algunos modelos de sombreros.

Uno fanchon de tul bullonado con margaritas formando oculta-peine y sosteniendo una barba de tul de seda.

Un sombrero imperio en paja de arroz con una mazorca de narcisos sobre el lado, recubierta por un gran yelo en tul de seda, y en el interior mazorca de narcisos y bridas de tafetan blanco.

Por último, uno adornado con una corona de hiedra, colocada sobre el fondo; hiedra en el interior y bridas blancas.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

PRIMER LADO.

Número 1. Dibujo para punta de sábanas.

Números 2 y 3. Juego de cuello y puños bordado á plumetis y punto de armas.

Números 4 y 5. Otro juego para plumetis y guipure.

Números 6 y 7. Otro que borda en tela doble.

Números 8, 9, 10 y 11. Esquinas de pañuelos á punto de armas, guipur y plumetis.

Números 12 al 29. Escudos, cifras y nombres para marcar los pañuelos.

Números 30 al 33. Tiras y entredoses para ropa blanca.

Número 34. Dibujo para bordar al pasado sobre cuadros de redecilla blanca, de hilo ó malla; uniéndose unos con otros pueden servir para diferentes usos.

Número 35. Otro dibujo parecido al anterior.

PATRON DE UN SEGUNDO LADO.

Cuerpo con haldetas para dibujo de los cuerpos blancos. Este cuerpo se hace sin costadillos.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.